

# LA ONDINA DEL PLATA

PUBLICACION LITERARIA

DIRECCION Y ADMINISTRACION  
En su Imp.—Santiago del Estero 176

DIRIGIDA POR  
LUIS TELMO PINTOS

APARECE LOS DOMINGOS  
Precio de la suscripcion, 10 \$ al mes

## SUMARIO

¿Nacionalismo? ¿Americanismo? Ni uno ni otro (conclusion), por Luis Elío—A María (poesía), por Silvia Fernandez—Elruiseñor y el artista (continuacion), por Eduardo Lallio Holmberg—Sombras (poesía), por el Romántico—La emancipacion de la mujer, por María Eugenia Echenique—Al ocultarse el sol (poesía), por Zulema—Historia de una madre (conclusion), por H. C. Andersen—Contemplacion (poesía), por Salvador Mário—Ecos de *La Ondina*, por Adelfa—Revista General.

## ¿NACIONALISMO? ¿AMERICANISMO?

NI UNO NI OTRO

### IV.

Aceptadas las bases que hemos venido exponiendo, tenemos que concluir que nuestra literatura será lo que sea nuestra sociedad.

Y bien ¿qué diferencias existen que tengan carácter de estabilidad en nuestra sociedad de la europea?

El régimen de las familias en el hogar doméstico, los principios políticos, las ideas religiosas y los sentimientos internacionales: he ahí las bases en que se apoyan las peculiaridades de la sociedad.

¿Y se cree que en cincuenta años mas las pequeñas diferencias de hábitos de vida que se nota en las familias americanas de las europeas no habrán desaparecido? El régimen de las familias tiene su origen en la educación, en la imitacion y en las necesidades.

¿Quién no educa a sus hijos segun los principios de la Higiene reconocidos por la ciencia en todos los paises? Y si es ciencia, es una; y luego, en eso las prácticas de todos son iguales en lo principal, aunque distintas en pequeñas circunstancias por la influencia del clima ó del temperamento de cada uno.

¿Quién no enseña a sus hijos el trato de sociedad, que es el mismo usado en España, Francia y en todas partes? ¿Quien no se viste segun la moda que reina en París?

¿Qué diversiones distintas tenemos? ¿Nuestros paseos, nuestros teatros, nuestras casas, el comercio, el templo, no son iguales? ¿Los estudios á que nos dedicamos? ¿Nuestros trabajos, ya sea en agricultura, en artes, manufacturas, circulacion del dinero, no los ejecutamos segun las experiencias, segun los cálculos, segun los precios que nos remiten de Europa?

Entonces, nuestros hábitos se han de amoldar necesariamente a los principios que nos han educado, á los pasatiempos que nos distraen y á las ocupaciones en que trascurren las horas de nuestro dia. Y por lo tanto, la familia americana de la europa no tendria mas diferencia que el cielo que las cubia, que las montañas que ocultan su horizonte.

Ahora bien: los principios políticos, que es la mayor diferencia que tenemos, ¿seria aventurado creer que ya ha llegado la hora del crepúsculo para la monarquia y que la república se levantará pronto como la aurora de nueva vida que estrechará con un lazo fraternal á los diputados de las naciones todas del universo? Pero si la comunidad de principios no trae la comunidad de sentimientos ¿no traerá a lo menos la comunidad de influencia en las aspiraciones y en el modo de ser social?

¿Y de las ideas religiosas qué diremos? ¿Podríamos abrigar nosotros la ilusion de poseer la unidad de creencias? No, como en todo el mundo, en pocos años mas, el templo masónico se codeará con el católico. No, juntos vivirán el ateo que muere de tedio y el cristiano que espera; el demagogo de Rousseau y Saint Just y el republicano de Jesucristo, los que queremos la libertad en la igualdad de la justicia y en el respeto de los derechos, con los que quieren la tiranía de las turbas; es decir, juntos estarán los hombres de la verdad y los hombres del socialismo.

¿Y en qué puede existir la diferencia? Inspirándonos constantemente el pensamiento de la humanidad, que nos comunica de todo el Universo el hilo del telégrafo, arrastrándonos el vapor donde nos lleva el pensamiento; repartiendo la prensa las elucubraciones de los sábios y las inspiraciones de los poetas con pasmosa rapidez y con inagotable prodigalidad; bebiendo el fruto de la China en tazas de Londres; vistiéndonos con el tegido de la India arreglado en París; fundada nuestra riqueza en propiedades talvez situadas á millares de leguas y que no conocemos.

La sociedad es cosmopolita y cada día se acentuará mas y mas ese carácter. El comercio, la industria, la mecánica parece que nos arrancan del seno de que hemos nacido, para abrigarnos en el seno de la humanidad: somos solitarios del pensamiento, del acto, de la palpitation de nuestros antípodas y vivimos y nos interesamos en sus afectos, en sus empresas; influenciamos en cada una de sus ideas, nos alimentamos con cada uno de los dineros que poseen.

El mundo marcha á la unidad política y social y la literatura tendrá que servir á ese progresivo andar y no podrá arrancarse á esos intereses. ¿Y podría obrar de otro modo? ¿Seria una rémora del progreso ó por lo ménos un pária despreciable?

¿Y dónde recibiria su alimento? ¿quién la inspiraria? ¿dónde hallaria el eco de su melodia?

Nó: tiene que ser lo que es la sociedad, y entónces ¿qué es del nacionalismo, qué del americanismo?

Siendo las sociedades iguales, las literaturas pertenecerán á este ó al otro siglo, pero no á tal ó cual país. No habrá literatura americana, sino literatura de la humanidad.

¿Y los sentimientos internacionales vendrian á destruir esta armonia social? Suponer que la fraternidad universal sea una realidad, es tan insensata como hermosa quimera. Las pasiones, la ambicion, el deseo del bien ageno, la extension del territorio, los límites mal definidos, las susceptibilidades destruirán eternamente la paz universal, sueño tan delicioso como irrealizable. Esas esperanzas caben solo en las cabezas de los poetas como Victor

Hugo, que deben á Dios ese sueño que gozan arrullado por tan encantadoras ilusiones.

Pero no debemos partir sino del supuesto contrario en la resolucíon de nuestro problema.

¿Podremos creer posible un odio tan profundo, que nos hiciera vivir completamente aislados del resto del mundo? ¿Y ese odio seria constante? Temer tan angustiosa situacion es tan absurdo como esperar la paz y armonia universal.

¿Qué es lo que podemos temer? No consideraremos las luchas de los pueblos americanos entre sí, sino las relaciones de ellos con el resto del universo; pues no necesitamos demostrar que seria inútil teniendo todos una misma sangre, una misma lengua y unos mismos recuerdos.

Difícil es, pero no imposible, una guerra con cualquiera otra nacion. Pero dado el caso ¿qué duracion puede tener, cuando con la distancia que existe son imposibles los ódios, y cuando, por el contrario, hay tantos motivos de paz, como son las necesidades comerciales? Aquí no podemos menos de observar las garantías de felicidad que proporciona el comercio. ¿Cuántas guerras, sino fuera por el, estallarían á cada momento! ¿Qué son las palabras de la diplomacia, si no son la estadística de las necesidades y satisfacciones reciprocas de los países contendientes? ¿Podríamos confiar en la paz si no nos vitiéramos con los paños ingleses y ellos no necesitaran nuestros productos?

Con esas seguridades, en caso de guerra, podemos confiar en su corta duracion. Y entónces ¿qué detencion puede producir en la marcha hácia la unidad social? Y aun si tuviéramos una tan larga capaz de influir ¿seria con todos los países? Como en los pasados tiempos, para que no recibiéramos ni comunicáramos influencia, necesitaríamos vivir completamente aislados; necesitaríamos vivir en guerra con todo el mundo, lo que gracias á Dios, no es posible ya.

Y si ni la familia, ni la política, ni la religion ni los sentimientos internacionales, se pueden oponer á que la sociedad sea casi completamente cosmopolita ¿que será la literatura? ¿no será tambien una literatura cosmopolita?

Convengamos: ella es una; pertenece á la humanidad.

### V.

Vamos apercibiéndonos de que nos hemos salido de los límites de un artículo de periódico. Si dejáramos deslizar nuestra pluma sobre el papel que tenemos delante, respondiendo así á las expansiones de nuestro espíritu, escribiríamos probablemente un libro. No es ese nuestro objeto.

Menester es que no abusemos por mas tiempo de la bondad de nuestras amables lectoras. Será esta pues, la última pincelada que tracemos en nuestro cuadro.

¿Y á qué continuar? ¿No basta lo dicho para llevar la persuacion á todos los ánimos de que los escritores á quienes nos hemos referido en este escrito, corren en pos de vanas quimeras y de creaciones poéticas?

Que levanten sino su voz, si esta no se ahoga en su garganta al querer modularla, y que contradigan á la Historia, á la Ley eterna que rige la civilizacion de los pueblos; que la levanten, si es que aun no han despertado de su letargo, y que niegen el carácter, naturaleza y tendencias de la Literatura; que la levanten, si la venda no ha caido todavia de sus ojos, y que digan si nuestras costumbres primitivas no desaparecen y se extinguen.

Concluimos.

Nuestra bandera, firme é inmovible, queda clavada y flameando en las posiciones enemigas ¿Quién la quita de allí?—

Luis ELIO.

Buenos Aires, Junio 28 de 1876.

### A MARIA

Mirad envuelta en negro y triste manto  
Una mujer de célica hermosura;  
Por sus mejillas pálidas el llanto  
Anubla de sus ojos la luz pura.

Es muy hella. Su rostro demacrado  
¡Ay! expresa dolor, melancolía;  
Su corazon ardiente, apasionado  
Ha perdido en la tierra su alegría.

Alza sus bellos ojos celestiales  
De lánguida mirada al firmamento,  
Y sus húmedos lábios virginales  
Entre abre con inmenso desaliento.

Su mano blanca, fina y delicada  
Pone sobre su pecho dolorido,  
Lanza luego tristicima mirada  
Y sus lábios exhalan un gemido.

Corre el sudor á mares por su frente  
Que envidia dar pudiera á la azucena  
¡Qué corazon herido no se siente  
Al contemplar su tan profunda pena!

Ya su planta vacila y se estremece,  
Y cásese de rodillas temblorosa,  
Su bello rostro pálido aparece  
Y mas se anubla su mirada hermosa.

Esa que vaga sola y delirante,  
Sin padres, sin hermanos ni amistad,  
Envuelta en el dolor mas penitente,  
Es Maria en su triste soledad.

Es la madre del hijo del Eterno,  
Es Maria, la virgen inocente,  
En cuyo corazon sublime y tierno  
Se anida del dolor la amarga fuente.

Es ella, si, que sola y desvalida  
Implora al cielo tierna compasion,  
Es ella, de Jesús madre querida,  
Que desgarrado tiene el corazon.

Ella que inclina su sublime frente  
Agobiada por horrible dolor,  
Por un dolor que concelbir la mente  
No puede, nó, del pobre pecador.

SILVIA FERNANDEZ.

San Fernando, Marzo de 1876.

## EL RUISEÑOR Y EL ARTISTA

(Continuacion)

### II.

¡Pobre Carlos, si era cierto lo que Celina decia!

¡Un Ruiseñor cantando! ¿Acaso bajo el color extendido sobre el lienzo podia palpitar un corazon lleno de fuego, una garganta de vibracion argentina?

Pero ¿qué digo? ¿No habia oido ya el murmullo de los cedros, al combinarse los colores por un extraño consorcio de la fantasia y de la realidad? ¿No se movia la nube que los pinceles de Carlos estampaban en la tela? y en aquellos cielos donde volaba el águila de Jupiter ¿no se difundia la luz del Olimpo, como el perfume en torno de la Maguolia?

¡Si! Carlos hará estremecer la garganta del Ruiseñor, y un torrente de notas puras, vibrantes, apasionadas, brotará del color y de la forma. Prometeo de la pintura, dará la vida á su creacion audaz.

Delirio! Mas de un rayo de Sol habia accariado los pinceles de Carlos, y sin embargo, el fondo era siempre el mismo. Ni un solo movimiento en la paleta, ni un golpe artistico sobre el fondo que esperaba recibir las imágenes.

Era evidente que los pinceles ya no pintaban solos. Era incuestionable que agonizaba la inspiracion del artista.

¿Y Celina? ¿De qué te sirve, infeliz, el caudal de cariño que para él atesoras, si la fiebre le devora ante el arcano?

Largo tiempo hacia que me hallaba sumergido en estas reflexiones, y hubiera permanecido así mucho más, á no haber tomado mi espíritu otro vuelo y mi cuerpo experimentado una sensacion de placer infinito, porque oí un nuevo suspiro, pero esta vez mas tenue, mas puro, mas angelical, mas etéreo. Talvez los serafines, deliciosa creacion de algun poeta de los desiertos, no tienen una nota mas sublime para cantar en el empíreo.

Miré en torno mio y no vi á Celina. La llamé y nadie contestó. Corrí de aposento en aposento . . . . y mis pesquisas fueron inútiles.

No sé qué vacío tan grande sentí en el corazón. Las tinieblas absolutas absorbiendo la luz eterna no habrían arrancado de mi lábio ni un lamento, ni una queja, ni siquiera una maldicion;—pero aquella ausencia de Celina me dió un alma infinita para que fuera infinito mi dolor.

Y era porque un negro presentimiento voló sobre mi espíritu, accesible un instante á la esperanza, como la nube que presagia los grandes cataclismos de la atmósfera.

Desesperado al fin de verme sólo, corrí al aposento en que Carlos dormía el sueño de una fiebre originada por el arte, y sentandome en un sillón, junto á la cabecera de la cama del enfermo, esperé.

Frente á mí estaba el caballete y el lienzo comenzado, y los útiles del pintor desparrramados en las sillas; en las paredes algunos bocetos que representaban vírgenes lacrimosas

que Carlos habia diseñado sonriendo entre sus líneas no indecisas y aquella transformacion de rostros que yo habia visto animados por la alegría, me hizo comprender una vez mas que una pintura no es una piedra y que el amor, el odio, el desconsuelo, la resignacion y la esperanza pueden palpar en lo que aparentemente no es mas que un boceto. En una mesita que habia junto á mí, se veían algunos libros. Examiné los títulos y con agradable sorpresa lei: *La Biblia*, el *Cosmos* de Humboldt, *Novena á Nuestra Señora*, *La vida de Jesús* por Renan, *Las Delicias de un panteista* y diversos otros.

Si de la fusion íntima de estas obras resultará una ciencia, podeis estar seguros que su primer adepto sería Carlos.

Un rayo de luna se deslizó al través de los cristales, y creí adivinar una figura deliciosa, formada con las hebras de aquel rayo.

Me puse de pié; quise beber aquel espíritu que bajaba del cielo. . . . y no era mas que el rayo de la luna al través de los cristales, y las amapolas del sueño, que se filtraban en mis pupilas.

Mi espíritu ordenaba el reposo de mi cuerpo, y el cuerpo obedeció.

Recostado en el sillón, con la cabeza apoyada en la mano. sentí que los párpados daban tregua á las fuerzas de la vista.

Pero el recuerdo velaba y me pareció que evocaba extraordinarias imágenes.

— ¿Quereis permitirme reproducirlas?

Era una tumba de mármol, envuelta en ondas de jazmin y madre-selva.

Un féretro en la tumba, y violetas en torno. Perfumes en el aire.

Un ángel en el féretro. Un nombre en la corona de siempre-vivas: *Celina!*

Gotas de rocío en las violetas, en las madre-selvas y en los jazmines, apagaban la sed de las avecillas, y quemaban las cuerdas de las liras—El canto era un sacrilegio;—allí . . . violetas y lágrimas.

Y la realidad volvió á apoderarse de mi alma y me encontré en el dormitorio de Carlos, velando su fiebre.

—«Celina es un delirio,» me dije, «es cierto que Carlos tenía una hermana de este nom-

bre, que murió hace dos años;—tenía quince, y la que acabo de ver en el otro aposento representa diez y siete. ¿Soy presa de una pesadilla ahora ó lo he sido al entrar en la casa?—pero nó—tengo la evidencia mas profunda de que Celina ha muerto, hace dos años y la mas profunda evidencia de que he conversado con ella hace dos horas. En este momento no duermo, estoy seguro, convencido de ello, dudar sería un absurdo; pero ¿y cómo se explica que la vida y la muerte se presenten de un modo tan fantástico? Mejor es no explicarlo.»

Y volví á quedar dormido, pero esta vez, real y profundamente.

### III.

Cuanto tiempo dormí, yo no lo sé.

Talvez hubiera dormido eternamente, pero sentí que me tocaban el hombro.

Era Carlos que se había levantado de la cama y envuelto con una sábana. Su elevada estatura, la palidez de su semblante, los ojos animados por un brillo fatídico, los lábios estremeciéndose como las hojas de un álamo que el viento acaricia, su cabellera en desorden y el brazo extendido en direccion al cuadro con misteriosa postura, la luna iluminándole de lleno y haciéndole representar la imagen de un espectro, tal fué la escena que contemplé al despertar. Experimenté algo semejante al terror.

—«¿Oyes?» me preguntó, señalando siempre al cuadro.

—«Cálmate, Carlos; te sientes mal y voy á darte una cucharada del jarabe que te ha estado dando Celina durante el día.»

—«¿Oyes?» volvió á preguntarme.

Ante aquella insistencia, escuché.

Un gorjeo suave, imperceptible como el que producen los pajaritos al amanecer, parecia salir del cuadro.

¿Qué misterio era aquel? Miré á Carlos y me aterrorizó su semblante convencido.

Diriji la vista al cuadro que el artista contemplaba extasiado, y ví que se llenaba de ramificaciones negras.

Si pudiera haber relámpagos negros, diría que aquellas ramificaciones eran relámpagos.

Un bosque dibujado en un segundo. Pero era un bosque tétrico, sombrío, sin perspec-

tiva, sin hojas, sin aire, sin vida, sin perfumes y sin rumores. Era una red de pinceladas negras, y aquellas pinceladas aparecian espontáneamente.

—«Mis pinceles están pintando solos!» dijo Carlos, con la voz de un loco desesperado.

Sobre el bosque, una nube tendía su pesado velo.

La luna se ocultó.

Pero en aquel mismo instante, la nube pintada en el cuadro comenzó á moverse, como impelida por un viento de la noche, y á medida que se dislocaba, se perfilaban de luz sus recortados bordes. El viento la desgarró y una nueva luna, argentina y brillante, lanzó un torrente de luz azulada sobre la escena sombría del bosque y del césped.

Encanto y horror!

Cada rama, cada hoja, cada tronco, cada yerba recibió el beso de la luna y la perspectiva iluminada alejó los últimos planos, difundiéndose vaporosamente en el fondo.

Un vientecillo suave hizo estremecer las hojas y ondular el césped, y arrebatando sus aromas á aquel bosque de delirios, los esparció en torno nuestro, bañándonos en sus efúvios purísimos.

—«Celina! Celina! ven, contempla esta maravilla!» exclamé en un arrebato inexplicable.

—«Calla!» me dijo Carlos; «estás loco, ¿á qué Celina llamas?»

—«A tu hermana, con quien he estado conversando hace algunas horas.»

—«¡Infeliz! Celina murió hace dos años. Admira en silencio y no turbes el reposo de las tumbas con tus desvarios.»

Aquellas palabras eran una evocacion.

No tuve tiempo de responder.

Una nota dulce, cristalina, sonora, dominó el susurro de las brisas y evaporándose en el fondo del bosque como una gota de aroma del cielo, conmovió hasta la mas humilde de las yerbas que tapizaban el cuadro.

Y aquella nota, lágrima de esperanza, tenía todo el sentimiento, todo el diapason, toda la vida que un momento antes habia expresado Celina en un suspiro.

El artista de las formas, dominó al poeta del arte, y el naturalista dominó al arte y al poeta.

—«¿Dónde está el Ruiseñor?» preguntó Cárlos, hablando consigo mismo. «¡Aquí!» se respondió, señalando un ramillete de hojas, junto al cual estaba el alado cantor.

El pico abierto, la garganta obstruida, el plumaje erizado y bañado de luz, las alas moviéndose convulsivamente, tal era el aspecto que presentaba la avecilla de humilde plumaje y canto del cielo.

«Canta! canta!» le dijo Cárlos, —«canta! canta! porque tu silencio me arrebató la vida.»

Dos perlas de luz bañaron los párpados del Ruiseñor y después de brillar un instante, volaron al Cielo.

Eran dos lágrimas.

EDUARDO LADISLAW HOLMBERG.

(Continuará)

## SOMBRAS

(Traducido del alemán.)

### I

Era una noche tempestuosa, horrible,  
Cuando vi á esa mujer,  
Y estaba oscura y tempestuosa mi alma  
Agená del placer.  
¡Ay! ¡eh! ¡ay! ¡eh!.....

### II.

Yo la quiero estrechar contra mi pecho;  
Yo la persigo con ardiente afán  
¿Se morirá?.....  
Opacas sombras se interponen ¡cielos!  
Que no me dejan contemplar su faz!.....  
¡Oh! ¡oh! ¡ah! ¡ah!.....

### III.

¡Una tumba! ¡oh dolor!... ¡horrible estrago!...  
Y tinieblas y ruinas por do quier!.....  
¿Porqué la amé?.....  
Fatalidad, fatalidad tirana,  
Que arrebatas á mi alma esa mujer!...  
La veré?... La veré?....  
¡Ay! ¡eh! ¡ay! ¡eh!.....

EL ROMÁNTICO.

1876

## LA EMANCIPACION DE LA MUJER

A JUDITH

Con grata sorpresa registrando las columnas de la *Ondina* encuentro un notable artículo que bajo el rubro «La mujer», se ha tepido la

galanteria de dedicarseme, obsequio de inestimable valor que me hace un alto honor y empena mi entusiasta gratitud para con su amable autora: artículo, en el que campea la erudicion y el talento con una franqueza en la exposicion de sentimientos seductora que llama la atencion, y revela la ilustracion y conocimientos literarios que distinguen á la persona que lo ha escrito.

Empero, su dedicatoria á mi, la recibo como un guante que se me arroja para que entre á estudiar una cuestion de inmensa trascendencia para la mujer, la importante cuestion de su emancipacion, en la que debe campear la verdad pura y la manifestacion tranquila de nuestras opiniones, la abnegacion para sacrificar toda pasion en aras de la razon y de la justicia, guante que recojo con tanto mayor placer cuanto que en esta cuestion se encierran nuestros mas caros intereses, todo nuestro porvenir y que toda mujer de corazon y de convicciones está en el deber de estudiar.

Ante la franqueza y precision con que en dicho artículo expone sus opiniones sobre emancipacion, ¿que puedo decir á *Judith*, que tengo la desgracia de no participar en todo de ellas y de su manera de pensar?

Yo que siempre he tenido como por una desgracia el haber nacido con las predisposiciones y tendencias de aquellos seres que viven de solo ideas y sentimentalismo y que se resienten de todo; que voy pasando mi juventud estudiando la filosofia por conviccion contrariando talvez mis primeras inclinaciones, por que la creo mas útil; yo que espero la emancipacion de nuestro sexo como una nueva redencion para la mujer que la saque de la miseria y del embrutecimiento al ponerla en posesion de lo que le tiene concedido la naturaleza; que la miro como á una nueva palanca para extender la esfera de sus conocimientos útiles, y como á su habilitacion para ensanchar sus talentos y practicar sus grandes virtudes; que lloro y siento hervir la sangre en mis venas cuando, por causa de la inaccion y nulidad en que se encuentra la mujer, veo muchas veces hollar los principios sagrados de humanidad y sociabilidad; que amo la libertad en todo lo que ella tiene de grande y facilita á obrar el bien en todas sus múltiples mani-

festaciones y que sufre una sensacion extraña de disgusto cuando oigo llamar *debil* á la mujer, yo que hago profesion de estas ideas y sentimientos, digo, no puedo ponerme de acuerdo con las ideas vertidas por la inteligente *Judith* en su artículo «La mujer.»

Yo miro la emancipacion de la mujer como una consecuencia lógica de la altura de progreso á que ha llegado el mundo en el siglo XIX; como un hecho que inevitablemente tiene que suceder porque es la expresion de las instituciones grandes y libres que se van extendiendo ya en el antiguo y nuevo mundo y como un fenómeno que tiene su causa en los principios de la historia de la naturaleza y de la filosofía, nada encuentro en ella que no sea justo y natural, que no encierre la ley del progreso en bien de la humanidad.

Sobre las ventajas que en particular pueda acarrear para hacer la felicidad de la mujer, siempre he mirado la emancipacion como un salvaguardia para los casos dificiles y críticos en que aquella pueda encontrarse, como un medio para asegurar mas sus derechos ya adquiridos, y para comunicarle esa dignidad y fuerza de espiritu que se necesita para ser *señora del hogar*.

Todos los dias vemos hombres de cabezas destornilladas que no tienen amor al orden ni verdadero cariño á su familia, que pasan su vida en el juego y en los paseos; con la mayor sangre fria dejan en la calle á sus hijos porque sus esposas, cuya esfera de accion está reducida á solo amar y sufrir, no saben oponerse con energia al despilfarro y coartar á tiempo los abusos del marido y salvar de este modo los intereses de sus hijos.

La emancipacion previene á la mujer de esta catástrofe.

Una mujer instruida en el manejo de los negocios aunque ella no haga de esto una profesion, sabe prevenir el mal ó remediarlo una vez que éste ya haya tenido lugar. No pasa por el dolor de ver á sus hijos mendigar el pan de puerta en puerta, por que tiene mil recursos para satisfacer sus necesidades honrosamente. Se emplea ó se pone á trabajar y con esto educa á sus hijos sin necesitar del apoyo extraño que la expone á corromperse y pasar una vida humillante y miserable.

Con el amor se puede enjugar las lágrimas y se endulzan las amarguras de la vida, pero no se puede satisfacer el hambre y ni cubrir la desnudez.

Ante el prestigio de la debilidad de la mujer debe estar el prestigio del talento y de la virtud; el del cumplimiento de los grandes deberes practicados en una escala superior, al de las simpatias atraídas por la espiritualidad y las gracias físicas.

Esto enseña la filosofía que es la razon: el sentimiento tambien está de parte de estas ideas.

La madre que ama de veras á sus hijos es aquella á quien le ha costado mucho crearlos, aquella que ha pasado grandes desvelos hasta verlos formados colmando, por su brillante educacion ó su posicion en la sociedad, sus vastas aspiraciones; que ha cubierto sus créditos á tiempo, perdonandoles así sus faltas; aquella que despreciando las preocupaciones que le impiden no tiene en vista su delicadeza física y su rango para correr á protegerlos en la desgracia renunciando á las comodidades de una vida muelle, comprada con sonrisas y con amor, y en que juega el rol de mujer espiritual y delicada, para ir á compartir las faenas pesadas y los negocios de aquellos. En esta madre, decimos, hay verdadero amor, no en la que se contenta con consolar á sus hijos por medio de consejos y dulces palabras, por medio de lágrimas.

No se puede desarrollar el amor en un grado sublime y heróico sino cuando se está en condiciones de obrar, de poner este sentimiento en práctica.

La emancipacion, concediendo á la mujer grandes derechos, cria en ella un corazon grande que la aproxima á la verdadera perfeccion á que puede aspirar el hombre en la tierra.

Una mujer que á su hermosura física y á su sensibilidad reuna la instruccion y las condiciones de poder obrar el bien en vasta esfera, es el tipo ideal que ha imaginado el cristianismo y va á realizar el progreso de este siglo.

No puedo comprender cómo la señora Sinués de Marcó ha podido asentar la idea que cita *Judith* de que: «con la ciencia el corazon se petrifica y se vive sin amor»....

¿Qué la ciencia pueda llegar á petrificar el corazón de la mujer.....jamás! Leo aquellas palabras, y tan luego que las leo pierde la señora Marcó, toda la autoridad que, como grande escritora, tenía sobre mí.

Porque ¿qué importa que se asiente como axioma una idea si esta idea no está basada en la filosofía y en la naturaleza?

No soy de las que se dejan llevar de frases sonoras. Tengo mis convicciones propias sobre algunos objetos y no admito ideas ajenas á este respecto sin analizarlas primero.

La ciencia, haciendo conocer los objetos, hace amar la belleza allí donde se encuentra y para una esposa y una madre hay otro objeto mas bello que su marido y que su hijo?

Una mujer que ha estudiado la ciencia al hacer de ella una aplicacion de observacion en su pequeño hijo ¿no sentirá toda la fuerza del amor y de la ternura maternal ante las bellezas morales que se encierran en la candorosa inocencia de un niño, ante esa alma de ángel que se refleja en el movimiento de sus pupilas y la pureza de una frente sin mancilla? ¿no lo sentirá al apreciar en su justo valor las bellas cualidades que adornan á su esposo?

El amor es un sentimiento innato que si bien es susceptible de algunas pequeñas modificaciones por las costumbres y la educacion, no lo es nunca de sufrir un cambio radical ni de completa transformacion. La ciencia léjos de apagarlo lo aviva en todo corazón donde se asienta la virtud que es la belleza por excelencia.

Así es que no debemos temer que si se emancipa la mujer de Sud América se haga indiferente y pierda los encantos de su espiritualidad.

Esa frialdad que se nota en los sentimientos de la mujer norte-americana, es natural en ella: forma parte del carácter seco que distingue á todos los habitantes de ese país, no tiene la culpa su educacion. La emancipacion ha ilustrado su entendimiento sin perjudicar á sus sentimientos

Con la franqueza con que lo ha hecho la autora del artículo «la mujer» he manifestado á mi vez hasta aquí, mis opiniones sobre la emancipacion de la mujer. Continuar mas adelante en mis reflexiones seria interminable,

así solo me resta expresar por segunda vez á la inteligente y amable *Judith*, mi profundo agradecimiento por la deferencia que ha usado conmigo dedicandome su preciosa composicion y rogándole de corazón se digne aceptar mi sincera amistad y el espresivo apretón de manos que le envío desde aquí.

MARIA EUGENIA ECHENIQUE.

Córdoba, Junio 16 de 1876.

## AL OCULTARSE EL SOL.

«*En disco de brillante oculta el sol hermoso*,  
El cielo se colora de mil matices bellos,  
La luna apenas brinda sus pálidos destellos,  
Y en la espesura canta, con canto quejumbroso  
La tórtola que besa el céfiro amoroso  
Rizando levemente la pluma de su cuello,  
Y todo en esta hora impreso tiene un sello  
De grande, de magnífico, de noble y magestuoso.  
Quisiera que mi tosca, humilde y pobre lira  
Volviérase un instante sonora y melodiosa  
Para pulsar sus cuerdas, cantando q' me inspira  
Esta sublime hora de calma deliciosa,  
Para arrancar á ella torrentes de armonía  
Para cantar en ella mi aspiracion grandiosa  
ZULEMA.

Paysandú, Octubre 3 de 1875.

## HISTORIA DE UNA MADRE (Traducido del Francés:)

### Conclusion.

Llegó despues á un gran lago, en donde no habia ni naves ni hotes. El lago no estaba bastante helado para poder soportar su peso, las aguas no eran bastante bajas ni estaban suficientemente limpias para poder encontrar un vado; y sin embargo, le era preciso atravesarlas, ella queria encontrar á su hijo. Entonces se tendió en tierra para beber el agua del lago, cosa imposible para un mortal; pero la madre desolada creía en la posibilidad de un milagro.

—Nó, tú no lo conseguirás, dijo el lago: procuremos mas bien celebrar un pacto! A mi me gusta coleccionar perlas, y tus ojos son las dos perlas mas puras que jamas haya visto; si quieres *llorármelas*, yo te llevaré al gran inveneradero que habita la Muerte, donde ella cultiva flores y árboles, cada uno de los cuales representan una vida humana.

—Oh! qué no daría yo por volver á reunirme á mi hijo! dijo la madre desecha en lágrimas,



Y lloró todavía mas, y sus ojos cayeron al fondo del lago, en donde se cambiaron en dos hermosas perlas, y el lago la levanto y la condujo, como meceda, hacia la ribera opuesta, en donde se levantaba un extraño edificio, hasta de una milla de largo; no habria podido decirse si era una montaña con bosques y cavernas, ó si habia sido construido por la mano del hombre; pero la desgraciada madre no veia nada de esto, habia perdido los ojos á fuerza de llorar.

—Adonde encontraré al Angel de la Muerte, que se ha llevado á mi pequeño hijo? esclamaba.

—No ha vuelto todavía, respondió la vieja sepulturera, encargada de cuidar el gran jardín de la Muerte. ¿Cómo has podido encontrar el camino y quién te ha guiado.

—He contado con el auxilio de Nuestro Señor! El es misericordioso, y tu querrás serlo también. ¿Dónde encontraré á mi pequeño hijo?

—Yo no lo conozco, respondió la mujer: pero ¿qué es esto? ¡tú no ves! Muchas flores y árboles han sido removidos durante la noche: la Muerte vendrá luego; ella los replantaré. Tú sabes sin duda que cada mortal tiene su árbol o su flor, según su organización; se parecen a los otros vegetales, pero tienen un corazón que late, y los corazones de los niños pueden palpitarse de la misma manera!

Aprovecha esta noticia; talvez podrás reconocer el de tu hijo. Pero, ¿qué me darás si te digo lo demás que puedes hacer?

—Nada tengo que dar, dijo la madre afligida; pero iría por ti hasta el fin del mundo.

—Oh! nada tengo que hacer por allá! Pero tú puedes cederme tus largos cabellos negros; no ignoras que son bellos, y pueden convenirme. Tú tendrás en cambio mis cabellos blancos, lo que siempre es algo.

—¿No pides mas que eso? Te los abandono con alegría.

Y ella le dió su bella cabellera y recibió en cambio los cabellos de la vieja, blancos como la nieve.

Y ambas entraron en el grande invernadero de la Muerte, en el que los árboles y las flores crecían en extraña confusión.

Había allí elegantes jacintos bajo campanas de cristal, y dobles y rústicas peonías; allí crecían plantas acuáticas, unas muy frescas otras enfermizas, sobre las cuales posaban algunas salamandras, mientras que los canchales negros roían su tallo. Allí había grejos negros roían su tallo. Allí había palmeras, encinas y barrancos frondosos, peraltes y tomillo floridos; cada árbol, cada flor tenía su nombre, era la vida de un ser humano que vivía aun: uno en China, otro en Groelandia, diseminados sobre la superficie del globo. Había allí grandes árboles en

pequeños vasos, en los que se sentían oprimidos, á punto de hacerlos estallar; habia tambien en mas de un lugar una florecilla comun, en mantillo, rodeada de musgo, envidada y conservada. La madre afligida se inclinaba sobre las mas pequeñas plantas y escuchaba cómo en el interior lata el corazon humano, y entre millons de corazones ella reconoció el de su hijo.

—Hélo aquí! exclamó; y extendió la mano por debajo de un pequeño azafran azul, que se inclinaba, enfermizo, á su lado.

- No toques esa flor! dijo la vieja; descansa aquí, y cuando venga el Angel de la Muerte— ¿a quien espero de un momento á otro—no lo dejes arrancar esa planta; amenazalo de que le harás otro tanto con las otras, y entonces él tendrá miedo. El responde de ellas á Nuestro Señor, y no debe arrancarse una sola sin permiso de Dios.

De súbito sopló en la pieza un viento glacial, y la madre ciega reconoció que la Muerte llegaba.

-- ¿Cómo has encontrado el camino que conduce aquí? preguntó la Muerte. ¿Cómo has hecho para llegar mas ligero que yo?

—Busco á mi hijo!

— ¡Bueno a mi hijo.  
Y la Muerte extendió su larga mano hacia la bonita florecilla, pero la madre tenía la suya al rededor de la planta de pie cerca de ella: sin embargo tenía miedo de torcer sus hojas. Entonces la Muerte sopló sobre sus manos, y la madre sintió que eso era mas frio que el viento y sus manos cayeron inertes.

—Tú nada puedes contra mí dijo la Muerte.

—Pero el Señor puede mucho!

—Yo no hago sino lo que él quiere, dijo la Muerte; yo soy su jardinero. Tomo las flores y los árboles y las planto en el gran jardín del paraíso, en la región desconocida; pero no me atrevo a decirte cómo se conservan allí y cuál es el aspecto de ese país!

—Vuélveme á mi hijo, dijo la madre, llorando y suplicando. De repente ella tomó en cada mano una bella flor y gritó á la Muerte: Voy á arrancar todas tus flores, porque estoy desesperada.

—No las toques! ¡Tù dices que eres desgraciada, y quieres hacer igualmente desgraciada á otra madre...

—Otra madre! dijo la pobre mujer; y dejó en el acto las dos flores.

—Ahí tienes tus dos ojos, dijo la Muerte; los he pescado en el lago, en donde brillaban con un vivo resplandor. No sabía fuesen los tuyos. Recupéralos, están más bellos y verás mejor que nunca. Mira al fondo del pozo que está ahí cerca; yo te diré el nombre de las dos flores que querías arrancar, y verás su porve-

Y lloró todavía mas, y sus ojos cayeron al fondo del lago, en donde se cambiaron en dos hermosas perlas, y el lago la levantó y la condujo, como meceda, hácia la ribera opuesta, en donde se levantaba un extraño edificio, hasta de una milla de largo; no habria podido decirse si era una montaña con bosques y cavernas, ó si habia sido construido por la mano del hombre; pero la desgraciada madre no veia nada de esto, habia perdido los ojos á fuerza de llorar.

—Adonde encontraré al Angel de la Muerte, que se ha llevado á mi pequeño hijo? esclamaba.

—No ha vuelto todavía, respondió la vieja sepulturera, encargada de cuidar el gran jardín de la Muerte. ¿Cómo has podido encontrar el camino y quién te ha guiado.

—He contado con el auxilio de Nuestro Señor! El es misericordioso, y tu querrás serlo tambien. ¿Dónde encontraré á mi pequeño hijo?

—Yo no lo conozco, respondió la mujer: pero ¿qué es esto? ¡tú no ves! Muchas flores y árboles han sido removidos durante la noche: la Muerte vendrá luego; ella los replantaré. Tú sabes sin duda que cada mortal tiene su árbol o su flor, según su organización; se parecen a los otros vegetales, pero tienen un corazón que late, y los corazones de los niños pueden palpitare de la misma manera!

Aprovecha esta noticia; talvez podrías reconocer el de tu hijo. Pero, ¿qué me darás si te digo lo demás que puedes hacer?

—Nada tengo que dar, dijo la madre afligida; pero iría por ti hasta el fin del mundo.

—¡Oh! nada tengo que hacer por allá! Pero tú puedes cedermé tus largos cabellos negros; no ignoras que son bellos, y pueden convenirme. Tú tendrás en cambio mis cabellos blancos, lo que siempre es algo.

—¿No pides mas que eso? Te los abandono con alegría.

Y ella le dió su bella cabellera y recibió en cambio los cabellos de la vieja, blancos como la nieve.

Y ambas entraron en el grande invernadero de la Muerte, en el que los árboles y las flores crecían en extraña confusión.

Había allí elegantes jacintos bajo campanas de cristal, y dobles y rústicas peonías; allí crecían plantas acuáticas, unas muy frescas, otras enfermizas, sobre las cuales posaban algunas salamandras, mientras que los canchales negros roían su tallo. Allí había grejos negros, encinas y barrancos frondosos, palmeras, y tomillo florido; cada árbol, cada flor tenía su nombre, era la vida de un ser humano que vivía aun: uno en China, otro en Groelandia, diseminados sobre la superficie del globo. Había allí grandes árboles en

pequeños vasos, en los que se sentían oprimidos, á punto de hacerlos estallar; habia tambien en mas de un lugar una florecilla comun, en mantillo, rodeada de musgo, cuidada y conservada. La madre afligida se inclinaba sobre las mas pequeñas plantas y escuchaba cómo en el interior lata el corazon humano, y entre millons de corazones ella reconoció el de su hijo.

— ¡Hélo aquí! exclamó; y extendió la mano por debajo de un pequeño azafrán azul, que se inclinaba, enfermizo, á su lado.

—No toques esa flor! dijo la vieja; descansa aquí, y cuando venga el Ángel de la Muerte— ¡quien espero de un momento a otro—no lo dejes arrancar esa planta; amenázalo de que harás otro tanto con las otras, y entonces él tendrá miedo. El responde de ellas a Nuestro Señor, y no debe arrancarse una sola sin permiso de Dios.

De súbito sopló en la pieza un viento glacial, y la madre ciega reconoció que la Muerte llegaba.

-- ¿Cómo has encontrado el camino que conduce aquí? preguntó la Muerte. ¿Cómo has hecho para llegar mas ligero que yo?

—Busco á mi hijo!

Y la Muerte extendió su larga mano hacia la bonita florecilla, pero la madre tenía la suya al rededor de la planta de pié cerca de ella: sin embargo tenía miedo de torcer sus hojas. Entonces la Muerte sopló sobre sus manos, y la madre sintió que eso era mas frio que el viento, y sus manos cayeron inertes.

—Tú nada puedes contra mí dijo la Muerte.

—Pero el Señor puede mucho!

—Pero el Señor puede mucho:  
—Yo no hago sino lo que él quiere, dijo la Muerte; yo soy su jardinero. Tomo las flores y los árboles y las planto en el gran jardín del paraíso, en la región desconocida; pero no me atrevo á decirte cómo se conservan allí y cuál es el aspecto de ese país!

—Vuélveme á mi hijo, dijo la madre, llorando y suplicando. De repente ella tomó en cada mano una bella flor y gritó á la Muerte: Voy á arrancar todas tus flores, porque estoy desesperada.

—No las toques! ¡Tù dices que eres desgraciada, y quieres hacer igualmente desgraciada á otra madre....

—Otra madre! dijo la pobre mujer; y dejó en el acto las dos flores.

—Ahí tienes tus dos ojos, dijo la Muerte; los he pescado en el lago, en donde brillaban con un vivo resplandor. No sabía fuesen los tuyos. Recupéralos, están más bellos y verás mejor que nunca. Mira al fondo del pozo que está ahí cerca; yo te diré el nombre de las dos flores que querías arrancar, y verás su porve-

nir, toda su vida mortal, verás lo que querías turbar y destruir.

Y ella miró en el pozo, y era una dicha inefable ver á la una ser para el mundo una fuente de bendiciones, ver la alegría indecible que se esparcía á su alrededor. Y vió la otra vida, y esta no era mas que tristeza y pena, horror y miseria.

—La voluntad de Dios las gobierna á ambas, dijo la Muerte.

—¿Cuál es la flor de la desgracia, y cuál es la de la felicidad?

—No te lo diré; pero lo que sabrás por mí, es que una de estas dos flores es la de tu propio hijo. Es el destino de tu hijo el que has visto, el porvenir de tu propio hijo.

Entonces la madre exclamó aterrorizada:

—¿Cuál es el de mi hijo? Dímelo. Salva al inocente! Libra á mi hijo de todas estas desgracias! Llévalo mas bien! Llévalo al reino de Dios! Olvida mis lágrimas, no tomes en consideración mis súplicas, ni nada de lo que he dicho ó hecho!

—Yo no te comprendo, dijo la Muerte. ¿Quieres á tu hijo, ó debo conducirlo á la region desconocida?

La madre se retorcia las manos; despues cayó de rodillas y suplicó en estos términos: ¡Dios mio! no me escuches cuando mis súplicas son contrarias á tu voluntad, la única justa! No me escuches cuando mis súplicas son contrarias á tu voluntad, la única justa! No me escuches, no me escuches!

E inclinó la cabeza sobre su seno.

Y la muerte partió con el niño para la region desconocida,

H. C. ANDERSEN.

### CONTEMPLACION

¡Qué placido es su sueño! ¡Como duerme!

Le quisiera besar,

Mas temo que al tocarle

Se vaya á despertar.

¡Cómo rie dormido! ¡Quién tuviera

Un lienzo y un pincel!...

¡Seméjase á los ángeles

Que soñó Rafaél!

Dulce niño! Reposa con el sueño

Del ave y de la flor:

¡La infancia es el preludio

Del arpa del amor!

SALVADOR MÁRIO.

Buenos Aires, 1876

### ECOS DE LA ONDINA

SUMARIO:—Un tema filosófico—El papel de observador.—La mujer penetra el corazón humano antes que el hombre.—Hay que estudiarle.—Pasiones y pequeñas ridiculeces que poseen.—¿Hay hombres coquetos?—El joven Fernando.—La vanidad constituye su carácter.—No conoce el amor.—Huyen de él las niñas.—La pasión de sí mismo lo enorgullecen.—La modestia es el arte de agradar.

Os habeis fijado lectoras, que el papel de observador, es muy importante en la sociedad.

En esta eterna mascarada que se llama mundo, es preferible ser espectador y no actor.

Entre el torbellino de la multitud el alma del observador se reconcentra y adquiere mas ciencia de la vida que aquel que infatigable busca sus secretos en los libros.

La desilusion y el desencanto, es el premio del observador, dicen algunos. Pero esto no es cierto.

¿No veis, que nada hay que de mas aplomo, mas seguridad de sí mismo, que el llegar á penetrar el corazón humano?

Si por algo es poderoso el dominio moral de la mujer, es por ese don de penetracion que posee; con el cual lee hasta el fondo del corazón del hombre, antes que éste haya tenido tiempo de examinar la superficie.

¿Y por ser observadora la mujer, carece de ilusiones?

No: por que de ellas vive.

¡Observar á los hombres! He aqui una tarea que deberia tomarse gustosa, solo por hacerles conocer sus defectos, sus frivolidades. Ellos que tanto han tenido que reprobar en la mujer, tienen ciertas ridiculeces que los hacen aparecer muchas veces como seres extrambóicos ante la sociedad.

Se ha creído que el hombre, por sus esenciales condiciones de inteligencia y poder moral, estaba exento de esas pasiones que ejercen su influencia en el sexo débil y que se llaman coqueteria y vanidad.

¡Con una persuacion que inspira lástima, hasta ahora, ellos lo creen así!

Sin embargo, si quereis convenceros de lo contrario, no teneis mas que observar.

No ha mucho tiempo que asisti á una reunion: allí vi lo que voy á contaros: por ello vereis, si es cierto ó nó, que hay hombres coquetos.

Principian á llegar al salon, hermosas mu-

nir, toda su vida mortal, verás lo que querías turbar y destruir.

Y ella miró en el pozo, y era una dicha inefable ver á la una ser para el mundo una fuente de bendiciones, ver la alegría indecible que se esparcía á su alrededor. Y vió la otra vida, y esta no era mas que tristeza y pena, horror y miseria.

—La voluntad de Dios las gobierna á ambas, dijo la Muerte.

—¿Cuál es la flor de la desgracia, y cuál es la de la felicidad?

—No te lo diré; pero lo que sabrás por mí, es que una de estas dos flores es la de tu propio hijo. Es el destino de tu hijo el que has visto, el porvenir de tu propio hijo.

Entonces la madre exclamó aterrorizada:

—¿Cuál es el de mi hijo? Dímelo. Salva al inocente! Libra á mi hijo de todas estas desgracias! Llévatelo mas bien! Llévalo al reino de Dios! Olvida mis lágrimas, no tomes en consideración mis súplicas, ni nada de lo que he dicho ó hecho!

—Yo no te comprendo, dijo la Muerte. ¿Quieres á tu hijo, ó debo conducirlo á la region desconocida?

La madre se retorcia las manos; despues cayó de rodillas y suplicó en estos términos: ¡Dios mio! no me escuches cuando mis súplicas son contrarias á tu voluntad, la única justa! No me escuches cuando mis súplicas son contrarias á tu voluntad, la única justa! No me escuches, no me escuches!»

E inclinó la cabeza sobre su seno.

Y la muerte partió con el niño para la region desconocida,

H. C. ANDERSEN.

### CONTEMPLACION

¡Qué plácido es su sueño! ¡Como duerme!

Le quisiera besar,  
Mas temo que al tocarle  
Se vaya á despertar.

¡Cómo rie dormido! ¡Quién tuviera  
Un lienzo y un pincel!...  
¡Seméjase á los ángeles  
Que soñó Rafael!

Dulce niño! Reposa con el sueño  
Del ave y de la flor:  
¡La infancia es el preludio  
Del arpa del amor!

SALVADOR MARIO.

Buenos Aires, 1876

## ECOS DE LA ONDINA

SUMARIO:—Un tema filosófico—El papel de observador—La mujer penetra el corazon humano antes que el hombre—Hay que estudiarle—Pasiones y pequeñas ridiculeces que posee—¿Hay hombres coquetos?—El jóven Fernando—La vanidad constituye su carácter—No conoce el amor—Huyen de él las niñas—La pasion de si mismo lo eneguese—La modestia es el arte de agradar.

Os habeis fijado lectoras, que el papel de observador, es muy importante en la sociedad. En esta eterna mascarada que se llama mundo, es preferible ser espectador y no actor.

Entre el torbellino de la multitud el alma del observador se reconcentra y adquiere mas ciencia de la vida que aquel que infatigable busca sus secretos en los libros.

La desilusion y el desencanto, es el premio del observador, dicen algunos. Pero esto no es cierto.

¿No veis, que nada hay que de mas aplomo, mas seguridad de si mismo, que el llegar á penetrar el corazon humano?

Si por algo es poderoso el dominio moral de la mujer, es por ese don de penetracion que posee; con el cual lee hasta el fondo del corazon del hombre, antes que éste haya tenido tiempo de examinar la superficie.

¿Y por ser observadora la mujer, carece de ilusiones?

No: por que de ellas vive.

¡Observar á los hombres! He aquí una tarea que deberia tomarse gustosa, solo por hacerles conocer sus defectos, sus trivialidades. Ellos que tanto han tenido que reprobar en la mujer, tienen ciertas ridiculeces que los hacen aparecer muchas veces como seres extramórbicos ante la sociedad.

Se ha creido que el hombre, por sus esenciales condiciones de inteligencia y poder moral, estaba exento de esas pasiones que ejercen su influencia en el sexo débil y que se llaman coqueteria y vanidad.

¡Con una persuacion que inspira lástima, hasta ahora, ellos lo creen así!

Sin embargo, si quereis convenceros de lo contrario, no teneis mas que observar.

No ha mucho tiempo que asisti á una reunion: allí vi lo que voy á contaros: por ello vereis, si es cierto ó no, que hay hombres coquetos.

Principian á llegar al salon, hermosas mu-

jes, cubiertas de joyas, blondas y ricas telas. El sexo fuerte es lo mas distinguido de la sociedad.

Un jóven de interesante figura, penetra en la sala. Al verlo algunas niñas exclaman— aquí está Fernando—el mas elegante, el mas simpático de nuestros amigos!

Efectivamente: la naturaleza estuvo pródiga con él y le concedió una linda cara. El jóven parece ignorarlo, tal es la indiferencia que demuestra al sentir pronunciar su nombre por aquellos rosados labios. Sin embargo, al ir á colocar su sombrero en una consola, dirige una mirada furtiva al espejo, y al contemplarse, brilla en sus ojos, un rayo de satisfaccion.

Ya no se puede dudar que lo que constituye el fondo de su carácter, es la tonta vanidad fundada en el prestigio de las ventajas físicas.

Esta suposicion, se convierte en realidad, al ver el cuidado que pone para que sus puñeras blancas cual la nieve no se ocultan, el continuo alisar de su cabello, rizado sobre su frente, con la coquetería que los arregla una niña, rie sin motivo á cada instante por lucir su blanca y alineada dentadura, al bailar mira siempre su oprimido y luciente botin de charol.

Despues de pasar una mirada indiferente á su alrededor, se dirige á un grupo de jóvenes: uno de ellos le dice:

—Que feliz eres Fernando! todas las jóvenes fijan sus ojos en ti.

¡Bah! es lo que me gusta menos—figurate que, Maria y Lola, están por esto en constante rivalidad: mientras que Rosita, me prohibe terminantemente, que baile con las demas. Yo no quiero, ni pienso fijar mi atencion en las mujeres: como nunca he de encadenar mi existencia.

Este jóven distinguido, de brillante posicion social, de hermosa y simpática figura, es por lo visto, un saco vacío, inflamado por el viento de la vanidad....

Su corazon es un campo estéril, no conoce el amor: ¿para que amar? si el con su hermosura tiene bastante se ama así mismo!

Las niñas que deseaban una mirada suya, antes de conocer el temple de su alma: cuando han observado lo que es, huyen de él como de un peligro.

Por vanidad olvida este jóven, la discricion, que es tesoro del alma. Por vanidad olvida la consideracion y respeto que se debe á la mujer. La vanidad, le hace publicar los favores recibidos y arroja todo sobre reputaciones intachables: por vanidad en fin, imita á los Don Juanes y Lovelaces.

Por mucho que me pese el desagrado que cause la lectura de estas líneas á esta clase de hombres, no puedo menos que decirles: Caballeros, menos vanidad, un poco mas de solidez en vuestro juicio, en vez de admirar por vosotros mismos vuestras prendas, dejad que otros las admiren. En esto consiste el arte de agradar.....

Antes de terminar estos *Ecos* debo consignar una noticia.

El Sábado de la semana anterior tuvo lugar el enlace del Caballero D. Próspero Gazzolo.

La señorita Pastora Vidal, una de las flores del jardin porteño, acaba de cambiar su corona de virgen por el velo de la desposada.

Con este motivo tuvo lugar una reunion. A manera de una lluvia de flores desprendidas de un compacto ramillete, ó como un tropel de mariposas que se lanzan aqui y acullá, recibiendo en sus alas plateadas, los refulgentes rayos de luz; así cruzaban delante de mis ojos las heldades que adornaban el salon.

Cual era la mas interesante? no sabré decirlo: pues las flores que formaban aquel Eden eran las hermosas señoritas de Otamendi, que aunque no bailaban por hallarse de luto, amenizaban con su presencia aquel sitio: seguian las galanas niñas Sofia y Maria Vidal, Anita Lopez, Santos y Carmen Campero, Lucila Rodriguez y Fernandez.

Reciba la jóven pareja mi sincera felicitacion.

ADELFA.

## REVISTA GENERAL

SUMARIO: —Materiales—Supresion—Soluciones—Charada.

Desde hace algunos números nos vemos llenos de material.

Nuestra colaboracion se afana por mantener la variedad en estas páginas.

Pero, dadas las dimensiones del periódico, no es posible publicar todas las composiciones literarias que se nos remiten, así que llegan á nuestras manos.

jeres, cubiertas de joyas, blondas y ricas telas. El sexo fuerte es lo mas distinguido de la sociedad.

Un jóven de interesante figura, penetra en la sala. Al verlo algunas niñas exclaman—aquí está Fernando—el mas elegante, el mas simpático de nuestros amigos!

Efectivamente: la naturaleza estuvo pródiga con él y le concedió una linda cara. El jóven parece ignorarlo, tal es la indiferencia que demuestra al sentir pronunciar su nombre por aquellos rosados labios. Sin embargo, al ir á colocar su sombrero en una consola, dirige una mirada furtiva al espejo, y al contemplarse, brilla en sus ojos, un rayo de satisfaccion.

Ya no se puede dudar que lo que constituye el fondo de su carácter, es la tonta vanidad fundada en el prestigio de las ventajas físicas.

Esta suposicion, se convierte en realidad, al ver el cuidado que pone para que sus puñeras blancas cual la nieve no se ocultan, el continuo alisar de su cabello, rizado sobre su frente, con la coqueteria que los arregla una niña, rie sin motivo á cada instante por lucir su blanca y alineada dentadura, al bailar mira siempre su oprimido y luciente botin de charol.

Después de pasar una mirada indiferente á su alrededor, se dirige á un grupo de jóvenes: uno de ellos le dice.

—Que feliz eres Fernando! todas las jóvenes fijan sus ojos en ti.

¡Bah! es lo que me gusta menos—figúrate que, Maria y Lola, están por esto en constante rivalidad: mientras que Rosita, me prohibe terminantemente, que baile con las demas. Yo no quiero, ni pienso fijar mi atencion en las mujeres: como nunca he de encadenar mi existencia.

Este jóven distinguido, de brillante posicion social, de hermosa y simpática figura, es por lo visto, un saco vacío, inflamado por el viento de la vanidad....

Su corazón es un campo estéril, no conoce el amor: ¿para que amar? si el con su hermosura tiene bastante: se ama así mismo!

Las niñas que deseaban una mirada suya, antes de conocer el temple de su alma; cuando han observado lo que es, huyen de él como de un peligro.

Por vanidad olvida este jóven, la discrecion, que es tesoro del alma. Por vanidad olvida la consideracion y respeto que se debe á la mujer. La vanidad, le hace publicar los favores recibidos y arroja todo sobre reputaciones intachables: por vanidad en fin, imita á los Don Juanes y Lovelaces.

Por mucho que me pese el desagrado que cause la lectura de estas líneas á esta clase de hombres, no puedo menos que decirles: Caballeros, menos vanidad, un poco mas de solidez en vuestro juicio, en vez de admirar por vosotros mismos vuestras prendas, dejad que otros las admiren. En esto consiste el arte de agradar.....

Antes de terminar estos *Ecos* debo consignar una noticia.

El Sábado de la semana anterior tuvo lugar el enlace del Caballero D. Próspero Gazzolo.

La señorita Pastora Vidal, una de las flores del jardín porteño, acaba de cambiar su corona de virgen por el velo de la desposada..

Con este motivo tuvo lugar una reunion. A manera de una lluvia de flores desprendidas de un compacto ramillete, ó como un tropel de mariposas que se lanzan aquí y acullá, recibiendo en sus alas plateadas, los refugientes rayos de luz; así cruzaban delante de mis ojos las bellezas que adornaban el salón.

Cual era la mas interesante? no sabré decirlo: pues las flores que formaban aquel Eden eran las hermosas señoritas de Otamendi, que aunque no bailaban por hallarse de luto, amenizaban con su presencia aquel sitio: seguian las galanas niñas Sofia y Maria Vidal, Anita Lopez, Santos y Carmen Campero, Lucila Rodriguez y Fernandez.

Reciba la jóven pareja mi sincera felicitacion.

ADELFA.

## REVISTA GENERAL

SUMARIO: —Materiales—Supresion—Soluciones—Charada.

Desde hace algunos números nos vemos llenos de material.

Nuestra colaboracion se afana por mantener la variedad en estas páginas.

Pero, dadas las dimensiones del periódico, no es posible publicar todas las composiciones literarias que se nos remiten, así que llegan á nuestras manos.

Decimos esto á fin de evitar toda mala interpretacion por parte de nuestras distinguidas y constantes colaboradoras, al ver estas que sus producciones no aparecen en el presente número.

\* \*

Por la causa que se expresa en las anteriores lineas, se suprimen algunos sueltos de esta Seccion y la lista de suscripcion.

\* \*

Las señoritas Elena Caballero, Laura (de Lobos), Aleuman, Carlota (de Paysandú) y las que firman las siguientes lineas nos han remitido la solucion de la charada anterior.

De una muchacha discreta  
Es pseudónimo VIOLETA.

ANÓNIMO.

Caminaba por un sendero precioso: multitud de perfumadas y delicadas flores esmaltaban el camino. El alma se ensanchaba y gozaba al sentir aquel perfume embriagador.

¡Las flores!

Hay algo mas puro, delicado y hermoso, y que hable mas directamente al alma y al corazon, que las flores?

De mi se decir, que me considero dichosa al tener en mis manos un ramillete de delicadas flores: al aspirar su suave aroma, mis penas se evaporan como el humo.

Nunca falta en mi aposento, un ramo de las mas bellas; debido al cariñoso recuerdo de algunas personas que saben que ellas son mis compañeras fieles, y que las amo con delirio.

¡Cuanto os agradezco vuestras finas atenciones!... en cada flor, creo ver una sonrisa cariñosa, una mirada de tierno afecto.

Decia pues, que caminaba por un sendero precioso, que parecia el camino de la gloria.

En direccion opuesta adonde yo iba, caminaba un joven gallardo y simpático, al parecer viajero; un tinte de suma tristeza advertiase en su rostro: algo debia preocupar su mente.

Pocos pasos faltaban para que nos encontrásemos: él aun no habia reparado en mi presencia; caminaba con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Sin saber porque, aquel joven me interesaba.

Aprovechando la soledad del paraje, me puse á entonar una aria de la *Sonámbula*, y él, al oirme, detuvose sorprendido; creíase solo; me dirigió una larga y triste mirada.

Entonces no dudé, aquel joven parecia: le dirigí un afectuoso saludo, al que contestó con otro, y aproximandose me dijo:

—Niña; ¿á donde dirijis vuestros pasos? perdonad mi pregunta, prosiguió, mas luego os diré el motivo de ella.

—Caballero, voy sin rumbo: he elegido este camino por estar rodeado de flores, á las cuales amo con toda mi alma.

—Pobre joven!—dijo mi desconocido—os gustan las flores? pues tened cuidado, ellas tienen muchas espinas!... pero noto que llevais una flor de mi especial predileccion ¿de donde la habeis sacado, simpática niña?

—Acaban de regalarmelas caballero.

—Querida niña: esa flor que llevais en vuestro pecho, es emblema de la modestia: si sois cual la VIOLETA modesta y sencilla seréis feliz!... ella representa para mi un recuerdo querido, y al mismo tiempo el principio de mis desgracias: junto con esa bella flor, recibí un desengaño que destruyó mi corazon!... Vos todavía no comprendéis cuan terrible es eso: camináis por el bello camino de las ilusiones, mas ay! del día en que esas doradas ilusiones que forman vuestra dicha, desaparezcan!

Entonces quedará en su lugar la sombría y amarga realidad!... Si hubiere alguno que se gozase en despojar á un corazon de sus ilusiones ese seria el ser mas despreciable del universo!...

Nunca he olvidado aquellas palabras dichas con sentidas y amarga expresion: siempre al recordar aquel desdichado joven, pido á Dios por él, para que en el sendero de su vida hallé un ser, que con su amor logre cicatrizar las heridas que le ocasionaron los desengaños.

LOLA LANROSA.

Junio 29 de 1876.

\* \*

## CHARADA

Mi primera es una nota,—En la música precisa,—Y solo produce risa—Mi segunda repetida.—Un guarismo ó cantidad—Es con vocal mi tercera—Y es probable que en la esfera—De un reloj la encontrarás.—Hice yo prima y segunda,—Cosa pesada á lé mia,—Pues nada menos tenia—Que el cargo de Regidor.—Si una vocal intercalas—Entre primera y tercera,—De la aristocracia impera—Este titulo hallaras.—Mi todo tendrá que ser—De estas sílabas aisladas—(Estando bien colocadas)—De mujer un nombre hermoso.

G.....

San Pedro, Mayo 8 de 1876.

Decimos esto á fin de evitar toda mala interpretacion por parte de nuestras distinguidas y constantes colaboradoras, al ver estas que sus producciones no aparecen en el presente número.

\* \*

Por la causa que se expresa en las anteriores lineas, se suprimen algunos sueltos de esta Seccion y la lista de suscripcion.

\* \*

Las señoritas Elena Caballero, Laura (de Lobos), Alruman, Carlota (de Paysandú) y las que firman las siguientes lineas nos han remitido la solucion de la charada anterior.

De una muchacha discreta

Es pseudónimo VIOLETA.

ANÓNIMO.

Caminaba por un sendero precioso: multitud de perfumadas y delicadas flores esmaltaban el camino. El alma se ensanchaba y gozaba al sentir aquel perfume embriagador.

¡Las flores!

Hay algo mas puro, delicado y hermoso, y que hable mas directamente al alma y al corazon, que las flores?

De mí se decir, que me considero dichosa al tener en mi manos un ramillete de delicadas flores: al aspirar su suave aroma, mis penas se evaporan como el humo.

Nunca falta en mi aposento, un ramo de las mas bellas; debido al cariñoso recuerdo de algunas personas que saben que ellas son mis compañeras fieles, y que las amo con delirio.

¡Cuanto os agradezco vuestras finas atenciones!... en cada flor, creo ver una sonrisa cariñosa, una mirada de tierno afecto.

Decia pues, que caminaba por un sendero precioso, que parecia el camino de la gloria.

En direccion opuesta adonde yo iba, caminaba un jóven gallardo y simpático, al parecer viajero; un tinte de suma tristeza advertiase en su rostro: algo debia preocupar su mente.

Pocos pasos faltaban para que nos encontrásemos: él aun no habia reparado en mi presencia; caminaba con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Sin saber porque, aquel jóven me interesaba.

Aprovechando la soledad del paraje, me puse á entonar una aria de la *Sonámbula*, y él, al oirme, detuvo sorprendido; creíase solo; me dirigió una larga y triste mirada.

Entonces no dudé, aquel jóven parecia: le dirigí un afectuoso saludo, al que contestó con otro, y aproximandose me dijo:

—Niña; ¿á donde dirigis vuestros pasos? perdonad mi pregunta, prosiguió, mas luego os diré el motivo de ella.

—Caballero, voy sin rumbo: he elegido este camino por estar rodeado de flores, á las cuales amo con toda mi alma.

—Pobre jóven!—dijo mi desconocido—os gustan las flores? pues tened cuidado, ellas tienen muchas espinas!... pero noto que llevais una flor de mi especial predileccion ¿de donde la habeis sacado, simpática niña?

—Acaban de regalarmelas caballero.

—Querida niña: esa flor que llevais en vuestro pecho, es emblema de la modestia: así sois cual la VIOLETA modesta y sencilla *sevilla* feliz!... ella representa para mí un recuerdo querido, y al mismo tiempo el principio de mis desgracias: junto con esa bella flor, recibí un desengaño que destruyó mi corazon!... Vos todavía no comprendéis cuan terrible es eso: camináis por el bello camino de las ilusiones, mas ay! del día en que esas doradas ilusiones que forman vuestra dicha, desaparezcan!

Entonces quedará en su lugar la sombría y amarga realidad!... Si hubiere alguno que se gozase en despojar á un corazon de sus ilusiones ese seria el ser mas despreciable del universo!...

Nunca he olvidado aquellas palabras dichas con sentidas y amarga expresion: siempre al recordar aquel desdichado jóven, pido á Dios por él, para que en el sendero de su vida halle un ser, que con su amor logre cicatrizar las heridas que le ocasionaron los desengaños.

LOLA LARROSA.

Junio 29 de 1876.

\* \*

#### CHARADA

Mi *primera* es una nota,—En la música precisa,—Y solo produce risa—Mi *segunda* repetida.—Un guarismo ó cantidad—Es con vocal mi *tercera*—Y es probable que en la esfera—De un reloj la encontrarás.—Hice yo *prima* y *segunda*,—Cosa pesada á *fé* mia,—Pues nada menos tenia—Que el cargo de Regidor.—Si una vocal intercalas—Entre *primera* y *tercera*—De la aristocracia impera—Este titulo hallaras.—Mi todo tendrá que ser—De estas sílabas aisladas—(Estando bien colocadas)—De mujer un nombre hermoso.

G . . . . .

San Pedro, Mayo 8 de 1876.